

RECENSIONES

GUMERSINDO RICO: *La población de Gibraltar. (Sus orígenes, naturaleza y sentido.)* Madrid, Editora Nacional, 1967. 1 vol. de 284 págs., 250 ptas.

Presentamos a nuestros lectores, no un libro más sobre el problema gibraltareño en su aspecto demológico. Anticipos en esta materia, de valor actual, han sido efectuados en el «Libro Rojo» de 1966, en un ensayo del Profesor Barcia, en un capítulo de mi obra «La descolonización» y en un artículo mío que bajo el título de «La población de Gibraltar» apareció en el número 75 de esta misma revista; por cierto que pese a la parquedad de la bibliografía de la obra de Rico, en la que no se menciona ninguno de tales precedentes, una significativa indicación contenida en la página 65 a la población «de quita-y-pon» que alberga el Peñón, nos indica que nuestro trabajo fue conocido por el señor Rico, lo que sin duda nos honra. Por parte inglesa existe una obra específica de Howes—abundantemente citada—, muchos retazos de la reciente y ya clásica obra de Stewart y algún estudio limitado a un sector de población (al judío, por Serfaty). Y no hay más. Hasta los «Libros Rojos», el panorama bibliográfico español producía llanto o sonrojo: mucha historia añeja—hasta 1815 que es cuando empieza a formarse el actual Gibraltar—, bastantes calificativos sobre la «perfidia inglesa» y—lo que produce fatiga por su pasada reiteración—sobre las mayores ventajas que para Albión tendría la amistad de España sobre la retención de la Roca. En realidad, ya nos dijo Vansittart—secretario permanente del *Foreign Office*—en 1935 que desde hace siglos España no cuenta como factor internacional: ni se aprecia su amistad ni se teme a su enemistad. Hechos para que suceda lo contrario y no machaconería en el tópico inoperante es lo que se necesita. Y entre los hechos—que no necesitan ser ruidosos y menos explosivos—está el desenmascaramiento de esa falacia, último argumento agitado en el foro mundial por los ocupantes, que es el «pueblo» de Gibraltar, o más exactamente *la población* de Gibraltar, la atraída para llenar el hueco de los naturales expelidos en 1704 y nunca autorizados a volver; las gentes deliberadamente heterogéneas—ni españolas ni británicas—desarraigadas y sumisas, a las que se asignó un mero papel de auxiliares civiles de la guarnición, hasta que pasaron además a ser los instrumentos de una agresión permanente de raíz económica y social contra la vecina España. Ligando aviesamente su subsistencia con dicha agresión con el fin de que cuando España reaccionara defendiéndose—desde 1954—chocara el interés preconstituido del coro de *yeamen* coloniales con los del país y el pueblo vecinos, y por vecinos forzosamente hermanados si el sentido común se aplicara al caso patológico de la colonia. El estudio de Rico, que como diplomático ha gozado de un merecido acceso a fuentes documentales cerradas a otros investigadores, es correcto, frío, objetivo e implacable. No inventa,

no silencio, no injuria, ni aun molesta por la vía de los manoseados calificativos. Pero no deja resquicio para que el lector medianamente inteligente y sin prejuicios pueda, tras de haber conocido esta obra, conservar equívocos y menos errores sobre el espantajo del «pequeño pueblo» de Gibraltar, inocente víctima del bloqueo (?) español, cuya voluntad de ser británico y cuya defensa impulsan al *sentimental* Reino Unido a no abandonarlo permaneciendo en la colonia. Al menos estas fueron, si no literalmente en su sentido, las expresiones de los representantes británicos en la O. N. U.; uno de los cuales, Lord Caradon, al conocer la aplastante mayoría anticolonialista de la resolución del 19 de diciembre de 1967, rompió la tradicional y suave hipocresía de los términos empleados anunciando destempladamente que «todos los acuerdos de la O. N. U.» no impedirían la continuación de la presencia inglesa, incluido el último, que fue motejado por el coro de *establisheds speakers* de «desgracia», «vergüenza», «falseamiento», etc.

Una virtud del libro que presentamos es la de basarse sobre todo en datos británicos y en opiniones británicas. Un defecto—porque tratándose de obra tan encomiable resultaría injusto no agotar el posible matiz crítico, ciertamente insuficiente para mermar el mérito del balance—es la escasa atención dedicada a la demografía étnico-social del Peñón. Se alude de cuando en cuando—no exhaustivamente—a los varios orígenes de la población del Peñón, pero no hubiera estorbado un intento de descomposición del *closed melting pot*, según las aportaciones—aunque sabemos lo difícil que es por la oscuridad voluntaria y la deformación de los datos ingleses—, así como la presentación de las clásicas *pirámides* demográficas sobre las que en mi citado artículo me ocupé, ya que completamente cuanto el autor afronta concluyentemente sobre el pecado original y actual de la estructura social gibraltareña, basada horizontalmente sobre la explotación de un elemento siempre inferiorizado, que venía siendo el español del campo, y que ahora se piensa que sea marroquí, maltés, etc.; porque ¡trabajar como obrero! es algo a lo que no quieren llegar los *white collar* o *white apron knights del herrenvolk* colonial; aunque a medias, ya que obedece y adula a la guarnición lo mismo que se sirve y exprime a los forasteros. Tampoco sobre la población del vecino Campo es demasiado extensa la obra, pero sin duda porque no era ese su objetivo. En fin, buscando con lupa materias criticables distraemos al lector del objetivo de presentarles el libro, aunque la verdad es que lo mejor es su lectura íntegra, cosa que no dudamos acometerán los muchos interesados en el problema. Incluso extranjeros, porque el sentido común y hasta el instinto editorial hacen esperar la traducción de la obra a otras lenguas universalizadas, como el inglés y el francés.

Y vamos con el texto, siguiendo su mismo orden y lamentando los forzosos límites de toda presentación extractada.

El primer capítulo se consagra a los orígenes de la población de Gibraltar (del año cero a 1950 añádense) que arranca de un concepto básico e indiscutible: «una nación no se improvisa», se engendra y forma a través de un proceso natural, histórico y propio, con causalidad específica y autónoma de desarrollo que, según Dilthey, supone azar, destino y carácter. Si la causalidad radica exclusivamente en una voluntad no intrínseca, nunca se constituye ni legítima a una colectividad como pueblo o nación. Y así en Gibraltar *sólo* la Gran Bretaña ha «fabricado» el pueblo gibraltareño, mediante una planificación continua asentada sobre el suelo español ocupado. Hasta 1704 habitaron Gibraltar muchas clases de gentes unidas por la naturalidad de su conexión y por el sello hispánico—que no arranca, según pretende Inglaterra, de 1462—cuyos descendientes se reconocen hoy en muchas familias del Campo vecino. Desde 1704 a 1830 Gibraltar es tratado como mera fortaleza, apta para ser guarnecida y nada más; cuando en 1830 se le proclama lo que sigue siendo, una co-

lonia, subsiste predominantemente el carácter de fortaleza y de base que determina y condiciona la clase, el número y el desarrollo de los habitantes armados o civiles, estos últimos como auxiliares accidentales de aquéllos. Repetidamente, en el Parlamento de Londres, en los *Colonial y War Offices* y en la prensa inglesa así se ha venido diciendo, y en sus disposiciones y prácticas las autoridades militares y civiles de la Roca—unidas en la cúspide bajo el sello pretoriano—lo han venido imponiendo. Ahora mismo—después de las resoluciones onusianas y de los escasos contactos bilaterales—es la utilidad militar, naval y aérea de la Roca la que motiva la contumacia en retenerla, sobre todo tras la pérdida de tantos otros Gibraltares y superGibraltares. Un Gibraltar desmilitarizado ni podría subsistir aisladamente, ni interesaría a Londres. Por eso creemos—y aquí insertamos una apreciación propia—que de los cuatro puntos de la oferta española de 18 de mayo de 1966 hay que eliminar el de subsistencia de la base, cuya desaparición daría ímpetu a las ayudas exteriores que España recibiría para recuperar y conservar el Peñón. La población calpense es «prefabricada» de aluvión—integrado contra lo pactado en Utrecht en 1713—anormalmente desarrollado, no bajo leyes o corrientes demográficas, sino mediante la planificación impuesta por Londres; que fracasó en su intento de crear un eco humano de la metrópoli, inglés y protestante, aunque sí trituro a los elementos católicos consiguiendo imponer un obispo británico. La población se estabilizó dentro de límites revisables, dosificando cuidadosamente sus ingredientes y controlando con rigor las entradas y salidas de extranjeros (por ejemplo, se expulsó en 1813 a los portugueses y se importaron luego *convictos* y *malteses*). El libro es rico en detalles y precisiones sobre las órdenes oficiales hasta llegar y después de las *Aliens Order in Council* de 1873, seguida de otras en 1886, 1900 y 1962 (ésta, de 1 de junio, rige aún). A estos elementos, después de la guerra de independencia española, que quebró la defensiva del vecino Campo, se les empujó a un «comercio excepcional»: el contrabando, que no sólo daba beneficios a sus ejercientes, sino que se dirigía contra la naciente industria española. Hay que añadir que Inglaterra, en lugar de suprimir el contrabando—*latissimo sensu*—, ha pretendido legalizarlo (en 1882 como «cláusula de nación más favorecida»; en 1966, como «cese del bloqueo»). El Gibraltar humano es, por tanto, móvil y desarraigado: recuérdese la «evacuación» de 1940.

El segundo capítulo se llama «El pueblo gibraltareño» y comienza explicando los elementos subjetivos y objetivos de cualquier pueblo o nación y citando al *Times*: Gibraltar es «la creación de más de cien años de actividad y necesidad británicas». Todo pueblo tiene una pluralidad de rasgos distintivos que son elementos esenciales, incluida su autoconciencia nacional y la voluntad de preservarla frente al exterior: el libro cita a Sorokim, Heraud y Cuvillier y Starushenko, coincidentes en lo sustancial y a un dictamen del T. P. J. I. de 31 de agosto de 1930, como antecedentes de la resolución 1541 (XV) de la O. N. U. Gibraltar carece de elementos objetivos (lengua y cultura propias: existe un desigual bilingüismo, con moderna persecución del español, y muy pobre vida cultural, pues, por ejemplo, ¿qué gestas propias podría contar un bardo calpense?). Howes parece caracterizar al gibraltareño como «homo commercialis», lo que no es un elemento nacional, aparte de que para suplir las actividades que faltan se acude al exterior, hasta ahora en condiciones harto desiguales, porque a ese indispensable complemento se le mantenía a raya al otro lado de la «verja de la vergüenza». En realidad había tres castas superpuestas: la militar y burocrática británica, los heterogéneos asentados y los braceros foráneos, pero las dos primeras ligadas al solar de procedencia de ésta para abastecerse incluso de agua, o si no, a otros solares más lejanos y menos provechosos, como se ha visto desde 1958 (la obra detalla los efectos de las medidas defensivas españolas y como la contraofensiva inglesa, en

lugar de ceñirse a medidas de fomento interno, busca la presión sobre España para que vuelvan los *happy old days*). La población asentada no puede vincularse naturalmente al exiguo territorio, porque éste no puede desvincularse de modo natural del conjunto a que pertenece (más «indígenas» eran los *pied-noirs* y los *hill-settlers*) ya que no es suficiente (9/10 del área territorial pertenecen a los departamentos militares según Stewart y el «complemento» abusivo del Campo se ha acabado).

El tercer capítulo se dedica a la explotación colonial de unos españoles y de un pedazo de España. No da Rico muchos datos que sean poco conocidos; el tema sí que lo es: la participación, vergonzosa, del sudor español en la prosperidad de la Plaza y las condiciones en que tenía lugar: segregación y discriminación—así humanas como laborales—rigurosamente impuestas, riéndose de todos los convenios de la O. I. T. (los «sindicatos» laboristas del Peñón eran los primeros racistas) e imponiendo una repulsiva mezcla de *truck system* y contrabando. El libro dedica un recuerdo a la vecina «la cenicienta»: La Línea, suburbio en servidumbre de la Colonia («East End» lo llama Stewart), aún pendiente de que el Plan de Desarrollo del Campo sea realidad completa.

El capítulo IV se consagra a la «democracia» gibraltareña de 1950 a 1967 y es utilísimo—fundamental—porque en el exterior, y en el Reino Unido, aún hay quienes creen en la «libertad» de los calpenses que no quieren ser transferidos a la «autocrática» España. Comienza por recordar la carencia, por falta de elementos, de la «voluntad de autodeterminación» (aparecida muy tarde cuando Inglaterra quería adaptarse a la nueva situación anticolonial del mundo). Hasta 1950 nadie se preocupa de la voluntad de los llamados *scorpions*, a cuyo Consejo Municipal dejan poco cometido los servicios militares y coloniales, no los casi inexistentes de tipo social, porque para la prosperidad de los habitantes bastaba con el arsenal. En 1950 empiezan las sucesivas—y poco variadas—«reformas constitucionales» que establecían muchos pero superficiales organismos a base de mantener la indiscutida hegemonía militar, personificada en el omnipotente gobernador, quien prontamente puntualizó a los calpenses hasta dónde podían llegar y cuál era su papel en los nuevos organismos, aclarando tal realidad con los hechos. Los calpenses, conscientes de a quién deben su existencia y su sustancia, a veces han denunciado ciertos abusos menores pero nunca los *usos* de la hegemonía colonial (los insultos se reservan a España al dictado de sus mentores), pues precisamente lo que quiere es que la Colonia subsista. Inglaterra, ante España—1961/64—, ha minimizado el carácter de los órganos «locales» y ofrecido dar marcha atrás; mientras que ante la O. N. U. alardea de las conquistas democráticas irreversibles, que al parecer cristalizaron en la «Constitución» de 1964: una simple Orden—en—Consejo, no muy diferente de las anteriores y a la que ya piensa substituir Londres. Londres es quien se *reserva* la última palabra decisiva en la vida de la Colonia, por sí o por su gobernador; el «Consejo de Gibraltar»—ex ejecutivo—y el «de Ministros» son pura diversión, como el legislativo: y los calpenses lo saben, y a veces lo han escrito—el libro recoge inconfundibles citas de periódicos locales—agravándose el desequilibrio entre realidad y ficción con ciertas prácticas gubernativas. Y con realidades, ¿sabe mucha gente que la «democracia» calpense—con 24.000 personas—tiene una policía de 225 miembros, aparte de los servicios de policía militar de la guarnición? Ni suele saberse que la T. G. W. U. es un sindicato subordinado al «Gobierno» que dicta las normas sociales y, como se sabe, las demográficas, agravables, pues se anuncia la posible prohibición de emigrar (Londres sigue sin dejar entrar a los gibraltareños). En la graciosa jerarquía de la población los subordinados quieren una Gran Bretaña victoriana, desaparecida ya, y no la independencia, incompatible con lo que Edwin Yeats llama «la moralidad colonialista».

RECENSIONES

El quinto capítulo, «El futuro de Gibraltar», resume los resultados del análisis precedente y remeda la actitud española, centrada en el tercer apartado de la oferta del 18 de mayo de 1966, y la británica («equivoca y oscura cuando no contradictoria»), evidentemente dilatoria, duple y oscilante, entre el proyecto asociacionista del mayor Gache—compartido por Hassan y su A. A. C. R.—y a las tendencias integracionistas de otro militar, Peliza, con su I. W. B. F., poco viable y mal acogida; mientras aquélla es escasamente novedosa frente a la realidad actual. Y se ocupa también de la actitud gibraltareña, anclada en la adhesión al colonialismo y en la—sin alternativa—oposición a España, pero indecisa en lo positivo o constructivo del futuro. Quieren cosas concretas—muchas libras, muchos privilegios, «acción»—contra España, pero nada planean en concreto para crear una comunidad que por sí sea viable, pues los proyectos abundantes desde 1966 operan sobre fantasías y esperanzas y contra las realidades. La obra recoge dos sugestivos proyectos de fuente anónima gibraltareña llegados a los Ministerios de Asuntos Exteriores y de Información y Turismo (y quien esto escribe podría decir algo sobre la materia) en los que se esboza una «provincia mixta» de Gibraltar y su Campo y una política de «atracción», reconciliación (?) y adaptación sucesivas que no quedan muy lejos de las ofertas españolas de 1966. En fin, el capítulo recoge la lección de la aburrida elección parcial del 23 de mayo de 1967 y del llamado referéndum del 10 de septiembre, bajo los cañones de los ingleses (y de sus aliados, los «elefantes leprosos» de la O. T. A. N.), para llegar a un resultado propio de Albania u otro país semejante. En fin, hay un resumen final muy conciso y preciso y un epílogo donde se barajan Gibraltar, los Sudetes, Katanga, Goa, Chipre, el Ulster y Rhodesia—y no al azar—y se recuerda a Aden, Mazalquivir, Guantánamo y la «zona» del Canal; el lector añade automática y desagradablemente la mención de Rota, que conviene evitar que degeneren en Gibraltar.

El apéndice final inserta las principales resoluciones de la O. N. U., sin llegar a la del 18 de diciembre de 1967, que en su futura edición quedará, sin duda, incluida.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES.

K. S. KAROL: *La Chine de Mao. L'autre communisme*. Robert Laffont, París, 1966. 483 págs. ill.

K. S. Karol es uno de los periodistas mejor informados sobre los problemas del comunismo. Nacido en Polonia en 1924, vivió en la parte anexionada por la U. R. S. S. después del reparto de su país en 1939. Pasó siete años en la Unión Soviética, donde estudió Ciencias Políticas en la Universidad de Rostov, siendo enrolado en el Ejército soviético, combatiendo en el frente del Cáucaso y quedando, finalmente, encarcelado como muchos de sus compatriotas pasando por distintos campos de concentración de la U. R. S. S. Desde el final de la guerra reside en París ocupándose de los asuntos soviéticos en varios periódicos.

Durante cuatro meses, en el invierno y primavera de 1965, Karol recorrió la China Popular en todas direcciones, según un itinerario libremente escogido. A lo largo de 25.000 kilómetros ha contemplado todo lo que puede ver un viajero extranjero privilegiado y ha mantenido entrevistas con intelectuales, obreros, campesinos, directores de fábricas, etc. El propio jefe del Gobierno, Chou En-lai, le concedió una extensa entrevista exclusiva.

Este libro, de interés absorbente, recoge todas sus experiencias y deduc-

ciones. Tiene el mérito de la objetividad, exponiendo hechos y palabras con sus aspectos favorables y adversos. Karol, que vivió la realidad soviética de la era stalinista, compara aquella experiencia con la que ofrece la China maoísta, la disecciona con habilidad suma y extrae los hechos fundamentales en que se apoya. Sus conclusiones tienen el mérito de haber sido formuladas tras un exhaustivo recorrido del gigantesco país. Desde Harbin, en el norte, hasta Nanning, en las inmediaciones de la frontera vietnamita, ha visitado Karol la mayor parte del subcontinente chino: capitales y aldeas, regiones campesinas e industriales, zonas costeras e interiores... De ese cúmulo de observaciones, visitas y diálogos, Karol llega a la conclusión de que no existen puntos de contacto entre el comunismo soviético y el chino. Ambos son, en su esencia y métodos, radicalmente distintos. El maoísmo es «otro comunismo», fundamentalmente divergente del que se aplica en la Unión Soviética. «El sistema staliniano formaba un todo: una cierta forma de industrializar rápidamente un país subdesarrollado, un partido monolítico que lo dirige todo, una ideología de tipo religioso destinada a estimular el ardor de los trabajadores y a justificar la represión sin piedad de los refractarios.» Por el contrario, «los maoístas rehusan en absoluto el modelo económico soviético. Han retenido del stalinismo una idea que creen que puede estimular a las masas. Utilizan un lenguaje revolucionario de la época stalinista y apelan a los "hermanos de clase prisioneros del capitalismo". Conservan también la idea de que el Partido debe ser monolítico y jugar un papel pedagógico. Pero la enseñanza que dispensa el Partido comunista chino es radicalmente diferente de la que proporciona el Partido comunista de la U. R. S. S.» (pág. 28). En China, aun concediendo gran importancia a la industria pesada, jamás se le otorga prioridad absoluta, como en la U. R. S. S., y la agricultura sigue siendo el factor esencial y no un medio acumulativo para la industrialización. Esta discrepancia está ya en los orígenes del maoísmo que, despreciando las enseñanzas de Marx de que sólo el proletariado industrial es capaz de llevar a cabo la revolución, se apoya desde el principio en el campesinado por motivos tácticos: «Quien gane el campesinado—formula Mao—, quien resuelva el problema de la tierra, ganará China». Prometiéndole la tierra, Mao Tse-tung canalizó el descontento campesino y lo empleó para derribar el antiguo régimen. Tras la victoria, Mao se aplicó, fundamentalmente, a resolver el problema, tarea difícil porque en China sólo la décima parte de su extensión es cultivable y 107 millones de hectáreas deben alimentar a 120 millones de familias campesinas y a la población urbana. Hoy—exceptuando la penuria de los años 1959-61, debida a calamidades naturales excepcionalmente duras—, aunque no existe abundancia, el hambre ha sido desterrada. Esto es importante si se considera que millones de seres han vivido famélicos durante siglos. Por ello el campesino sigue siendo el más firme apoyo del régimen maoísta. Karol, llevado de su afán crítico, ha observado contradicciones: «He visto—informa al viceministro de Agricultura—una comuna en la provincia de Yunan donde se gana por término medio 50 yuans anuales y otra, cerca de Pekín, donde se ganan 200». Esto demuestra que, aunque se trata de suprimir las desigualdades éstas existen por doquier y no bastan a corregirlas las incansables predicaciones.

El autor se preocupa especialmente de medir el alcance y profundidad de la revolución y sus conclusiones son válidas: «El entusiasmo político de la masa parece sincero, pero no me comprometería a afirmar que es real», «los intelectuales que he encontrado eran todos ardientemente maoístas, pero no he podido ver a los que habían tenido dificultades con el régimen. Responsables del Partido me han confesado que existe oposición, pero no he podido saber de su fuerza y objetivos más que lo que ellos me han dicho», «China es demasiado enorme y compleja para que se la pueda juzgar en bloque». Respecto al movimiento de los guardias rojos, cree que «representa una nueva

RECENSIONES

oleada de igualitarismo y de militantismo», «este movimiento, ¿proporcionará ideas nuevas para la construcción del socialismo, como desea Mao? Es dudoso, pero no puede excluirse esa posibilidad». Después de contemplar los logros de la revolución, Karol conserva fuertes dudas sobre su viabilidad futura: «la desmaoización que podría producirse a no tardar mucho, ¿será comparable a la destalinización? Verosíblemente no, pero ambas tendrán algo en común. En efecto, la gran debilidad del sistema histórico actual reside en su adhesión a las falsificaciones de la historia del movimiento obrero impuestas por Stalin» (página 153), «en el momento del "gran salto adelante" los maoistas hicieron miríficas promesas que fueron incapaces de cumplir. Oficialmente se han reconocido "ciertos errores" en términos tan lacónicos y vagos que una población más evolucionada no se hubiera dado por satisfecha. Toda investigación escrupulosa de este asunto revelaría anomalías en el funcionamiento del Partido chino y en sus relaciones con las masas» (p. 154). El descubrimiento de estos fraudes, en opinión de Karol, ha de conmocionar a las generaciones futuras, aunque no tanto como a los soviéticos cuando conocieron la conducta de Stalin, porque «la historia maoista no está colmada por los fantasmas de los grandes dirigentes comunistas ejecutados durante una sangrienta lucha por el poder. A diferencia de Stalin, Mao no ha exterminado a sus predecesores ni aterrorizado a sus compañeros de lucha mediante purgas».

El objetivo de Mao es crear una sociedad absolutamente uniforme, igualitaria, borrando toda diferencia entre los hombres del campo y las ciudades y eliminando las diferencias que surgen por la clase de trabajo que desarrollan. Por ello, los habitantes de las ciudades (intelectuales, estudiantes, cuadros del Partido, etc.) están obligados a trabajar durante cierto tiempo en el campo, confundiendo con los campesinos para que puedan conocerlos a fondo. Pero, en realidad, es ficticio esperar que de estas fugaces experiencias se logre una absoluta compenetración. Con el transcurso de los años Mao ha comprobado que las diferencias, no de clases sino puramente profesionales, se ahondaban y ha lanzado una ofensiva para lograr el igualitarismo. Pero la resistencia encontrada demuestra que es prácticamente imposible conseguirlo porque va contra la naturaleza de las cosas. La naturaleza humana tiene leyes inmutables que no pueden ser alteradas. En cada comuna, o en cada fábrica, se ha llegado a una situación de igualitarismo real, aunque no absoluto. Pero entre las diversas comunas hay diferencias (según la fertilidad del suelo, los productos que cosechan, la abundancia de aperos, el clima, el número de sus componentes, etc.) y unas son más prósperas que otras. Por ello el mundo campesino en la igualitaria China es desigual. Y otro tanto sucede en las restantes actividades. Desde los científicos que trabajan en los armamentos nucleares—que viven como potentados, por lo que a Karol no le autorizaron a visitarlos, temerosos de las deducciones que obtendría al comparar su nivel de vida con el resto de la población—a la masa campesina de las comunas más pobres existe una gama infinita de posiciones económicas. Ciertamente no se dan las abrumadoras diferencias de los países capitalistas, pero no existe igualdad ni siquiera aproximada.

Considera Karol que el encarnizamiento chino frente a la U. R. S. S., del que existen abrumadores testimonios en esta obra, se debe al enojo que les produce ver a la Unión Soviética «transigir con los imperialistas y retardar el advenimiento del orden nuevo». Según las explicaciones que le facilitaron, el origen del cisma se encuentra en las entrevistas de Jruschev con Eisenhower en Camp David (septiembre de 1959), que preludió la repatriación de los técnicos rusos destacados en China, en julio de 1960. Según los dirigentes chinos, Camp David marca el giro de la política de la U. R. S. S., que cesa de ser comunista para transformarse en abiertamente revisionista. Además, «Jruschev tuvo la impudicia, cuando se hallaba en Pekín por el X aniversario de la Re-

RECENSIONES

pública popular china, de hacer, delante del propio Mao, el elogio de Eisenhower, jefe de los piratas americanos» (p. 405). Después de su discurso sobre Eisenhower, Jrushev abandonó Pekín sin firmar la declaración común con Mao, que se negaba a admitir validez a los acuerdos que firmase la U. R. S. S. El cisma estaba abierto y, desde entonces, no ha cesado de empeorar. En una reunión celebrada en Pekín en junio de 1960, del Consejo general de la Federación mundial de sindicatos, los maoístas se opusieron a la resolución soviética que consideraban excesivamente «coexistencialista» e invitaron a los sindicalistas extranjeros a una reunión privada, donde acusaron a Jrushev de sacrificar los movimientos revolucionarios del tercer mundo y ser un «revisionista moderno». En el mismo mes, en Budapest, Jrushev acusaba a los chinos de «dogmatismo» y de nostalgia del stalinismo, reprochándoles su «conducta inalficible» en sus diferencias con la India.

Todos los interlocutores rusos de Karol han acusado a Mao Tse-tung de ser «un nacionalista chino deseoso de resucitar el antiguo Imperio de Enmedio en todo su esplendor». Con tal prisma contemplan la guerra con la India en 1962, para anexionarse ciertos territorios del Himalaya a expensas de un Estado socializante. Estas públicas discrepancias de las dos grandes potencias comunistas han dejado huella profunda en el movimiento: «La herejía maoísta ha transformado la antigua "conciencia humana" del movimiento comunista en lo que Hegel llamaba "mala conciencia". Debido al desafío chino los comunistas se han visto precisados a constatar que su visión del mundo quedaba bruscamente desmentida por la evolución de la realidad. Ahora bien, sus antiguos métodos de análisis no les permitían explicar esta aparición de elementos imprevisibles. Ni Moscú, ni Pekín han sido capaces de dar nacimiento a un sistema nuevo para verificar su teoría e interpretar su sociedad. Rusia y China han preferido presentarse cada una como la guardiana auténtica del comunismo... Esta polémica no puede facilitar la mutua comprensión, sino que arriesga, cada vez más, en desvanecer la ideología comunista, como los vapores que se desvanecen en el aire.»

La obra de Karol, magníficamente ilustrada con 61 fotografías de Marc Riboud, su compañero de excursión, es sumamente interesante y contribuye eficazmente a conocer uno de los grandes enigmas de nuestro tiempo: el colosal país asiático de los 700 millones de habitantes a quienes una peculiar ideología está llevando al primer plano de los asuntos mundiales.

JULIO COLA ALBERICH

OFICINA DE INFORMACIÓN PÚBLICA: *The United Nations and Disarmament, 1945-1965*. Naciones Unidas, Nueva York, 338 páginas.

H. G. NICHOLAS: *The United Nations as a Political Institution*. Oxford University Press, Nueva York, 1966, 232 páginas.

Issues Before the 22nd. General Assembly. International Conciliation, Carnegie Endowment for International Peace, Nueva York, 1967, 206 páginas.

Hablar del desarme es la regla más bien que la excepción después de una guerra, en particular de una guerra de las dimensiones de esas dos que han sido consideradas como mundiales. La cuestión del desarme es casi tan anti-

gua como la guerra misma y en los movimientos y conferencias de paz que empezaron a ser una de las notas llamativas de la vida internacional durante el siglo XIX, el desarme o la limitación de armamentos ha mostrado una tendencia creciente a figurar bien como una de las condiciones de los Tratados de paz—de mucho antes, es bien sabido, son condiciones como esa de la Paz de Utreht, que pedía al rey de Francia la demolición de los fuertes de Dunquerque—o el tema de conferencias y negociaciones de un carácter más general.

La cuestión del desarme llega a tener una importancia internacional genuina con la terminación de la primera guerra mundial y la tendencia, por lo menos, a proyectar hacia el terreno de una limitación general del armamento la condición establecida en el Tratado de Versalles sobre el desmantelamiento de fortificaciones alemanas en ciertas regiones, en particular por el Báltico y en toda la zona al este del Rin, hasta una distancia de cincuenta kilómetros y otras muchas cosas. De los años siguientes es la larga y al fin peor que estéril conferencia de Wáshington sobre el desarme naval y otras más que fueron saliendo de ella, directa o indirectamente.

Quiere esto decir que con el desarme, al igual que con las guerras, no por mucho hablar y discutir han mejorado hasta ahora las perspectivas de llegar a una situación que haga posible pensar en la proscripción eficaz de las últimas o en la limitación real, por lo menos, de los armamentos que suelen servir para dos cosas, a tiempo que se van acumulando: para hacer inevitables los aumentos en las cargas fiscales y para acercar fatalmente el día en que se llegue a una utilización práctica del armamento que se ha ido fabricando y almacenando.

Aunque parezca mentira, el desarme ha sido una de las grandes y totalmente infructuosas tareas de esa organización, las Naciones Unidas, en la que llegó a centrarse el interés y la esperanza de mucha gente, por pensar tal vez que la experiencia, tan penosa, de la Sociedad de Naciones que se formó a la terminación de la Primera Guerra Mundial y se metió en la Segunda sin que nadie se diera cuenta de ello, habría de ser de una gran utilidad. Bien, lo que ha venido sucediendo en estos veinte años—en alguno más, ya que se llega en este libro, una de las muchas publicaciones de las Naciones Unidas, hasta la firma misma, el 14 de febrero de 1967, del Tratado para la Prohibición de Armas Nucleares en la América Latina, uno de los muchos y valiosos, al menos desde el punto de vista histórico, documentos que se incluyen en el apéndice—es el mejor y más triste argumento sobre la total esterilidad de los esfuerzos y actividades de esta clase.

Más de una vez, la importancia verdadera de una situación está más que en la situación misma—lo que se podría considerar como su valor intrínseco, en la significación que se le ha querido dar—. «Los miembros fundadores de las Naciones Unidas—se dice para empezar en este libro—se comprometieron solemnemente en los propósitos y principios de la Organización, cuyo propósito primario era "el mantenimiento de la paz internacional y la seguridad". (artículo 1 de la Carta firmada en San Francisco el 26 de junio de 1945). Con objeto de fomentar este propósito "con la menor distracción hacia los armamentos de los recursos humanos y económicos del mundo" (artículo 26), con firieron responsabilidades específicas en conexión con el desarme y la regulación de los armamentos al Consejo de Seguridad y a la Asamblea General».

No hace mucho, en los días finales de 1967, que concluyó, en forma desalentadora, la XXII sesión anual de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Y aunque la cuestión del desarme figuraba, sin duda, en el temario, uno más entre docenas de asuntos importantes, apenas ha existido un sólo instante en el que se pudiera hablar de lo que en fecha tan reciente como el otoño anterior, durante la celebración de la sesión anual regular precedente, habían

sido aprobados diez resoluciones relacionadas con el control de las armas y el desarme.

No hay duda que el tema del desarme tiene un gran interés. Acaso un enorme interés. Pero también es posible que ya nadie crea que con él ha de ser posible hacer nada en las Naciones Unidas. Con esto, como con la situación en el Oriente Medio y muchas otras cuestiones, las Naciones Unidas están dando una sensación de impotencia total. Las únicas posibilidades de éxito en cuestiones de una verdadera importancia están en un acuerdo previo de las grandes potencias, que en los días de la Sociedad de Naciones eran una media docena larga, para quedar reducidas a dos nada más con las Naciones Unidas. Pero con ciertas características especiales, como el hecho de que otras potencias juegan papeles que no por secundarios dejan de llamar mucho la atención, o las aspiraciones—esfuerzos también—de algunas de ellas por lo menos de llegar a tener una categoría de potencia nuclear o superpotencia y, en fin, la afirmación y acentuación de la antigua tendencia de algunos de los que no han podido llegar a ser «primus inter pares» a resistir y rechazar hegemonías e imposiciones que acaban siendo un rasgo dominante de pactos, alianzas y conciertos.

La terminación que tuvo esa última sesión anual de la Asamblea General, interrumpida más bien que suspendida, por grande que fuese el esfuerzo encaminado a producir una sensación muy distinta, se comprende mejor después de haber visto un libro como ese publicado por la Fundación Carnegie, «Issues Before the 22nd. General Assembly».

Entre las primeras y más importantes cuestiones está, junto con la situación en el Oriente Medio, sobre la que ni siquiera se pudo abrir debate, el desarme, el espacio exterior, la radiación atómica y los usos pacíficos de la energía atómica, todas ellas con una relación entre sí que es directa además de íntima.

La cuestión del desarme ha llegado, es más, a tener una significación especial, en vista del carácter dominante—aterrador también—del armamento nuclear. En ese resumen—apenas se podría esperar otra cosa—sobre lo que con el tema del desarme han hecho las Naciones Unidas, se empieza, con sobrada razón, no por donde hubiera parecido más razonable. La cuestión de los armamentos, contemplada desde el punto de vista tradicional: el de los ejércitos y su armamento y equipo, eso en lo cual los Gobiernos del mundo gastan no mucho menos ya de 150.000 millones de dólares al año, y de lo cual alrededor de la mitad o un poco más corresponde al presupuesto de Defensa de una sola potencia, los Estados Unidos. El capítulo primero está dedicado a la Comisión de Energía Atómica.

Hablar de una regulación y reducción general de los armamentos ha podido ser motivo de alguna que otra propuesta espectacular. Pero mientras continuase y se desarrollase, es más, la situación que empezó con el descubrimiento de la manera de aplicar la inmensa, poco menos que ilimitada, energía liberada por la desintegración del átomo a fines destructivos, todo acabaría necesariamente en debates tan poco productivos de soluciones concretas como las discusiones en torno a las plumas que tendría el ala de un ángel o el número de ángeles que se pudiesen congregarse en la punta de un alfiler. Mientras los Estados Unidos y la Unión Soviética no se pusiesen de acuerdo—hasta ahora no ha sido posible la armonización de las diferencias que se pusieron conspicuamente de manifiesto en los comienzos mismos de la vida y debates de las Naciones Unidas, cuando todo el poder atómico parecía estar rigurosamente controlado y monopolizado por una sola potencia—nada podrían hacer los demás, grandes o pequeños, cada uno por su lado o, ya en el terreno de la más improbable de las hipótesis, colectivamente. Y para cuando la situación fue evolucionando de tal modo que llegó a producirse la impresión de que las superpotencias nucleares pudiesen al fin ponerse de acuerdo, las afirmaciones de

independencia—rebeldeía para algunos—de otras potencias acabaron poniéndose de tal modo en evidencia que podía parecer ingenuidad, en el mejor de los casos, aceptar la posibilidad misma de un acuerdo sobre la regulación de las armas nucleares y la no proliferación de aplicación general.

Mientras la rivalidad y la confrontación fuese la nota dominante de la vida y actividad de las superpotencias, un acuerdo de desarme que empezase por el armamento atómico, ya el único realmente significativo, apenas podría pasar del terreno de la hipótesis al terreno de la realidad. Pero cuando se llegaron a producir situaciones que permitían pensar, por lo menos, en la posibilidad de acuerdo o de inteligencia entre las superpotencias ya la situación general había evolucionado de tal manera que otros factores de no menor importancia e influencia habían surgido y se habían ido desarrollando para mantener las cosas en el mismo—peor quizá—estado en que se encontraban al principio.

Una conclusión a que lleva con facilidad la lectura del libro de H. G. Nicholas es que en las Naciones Unidas hay mucho más, sin duda, que la sensación de inutilidad cuando no de fracaso que producen las impresiones y los relatos sobre algunas de sus actividades, en particular las deliberaciones de la Asamblea General, que han solido tener una mayor resonancia. Cuando Mr. Nicholas habla de las Naciones Unidas como algo cuyos orígenes se remontan mucho más atrás que la Sociedad de Naciones, hasta llegar, por lo menos, a la Liga Aquea, como el esfuerzo encaminado a «construir una organización que armonizase y controlase las operaciones discrepantes de Estados y naciones», se comprenden mejor dificultades y hasta fracasos. Y se está en mejores condiciones también para dar una interpretación más generosa y comprensiva a lo que ha sucedido no menos que a la forma en que ha sucedido.

Hoy, con el doble y un poco más todavía de Estados miembros que en el momento de su fundación, las Naciones Unidas llegan a producir la impresión de que son parte de un estado de cosas que sólo puede asegurar su propia existencia eludiendo más bien que acometiendo algunas por lo menos de las grandes cuestiones del momento que no sólo justificarían su intervención, sino que pudieran hacer que fuese absolutamente inevitable. No siempre ha sido así, por lo menos en lo que se refiere a cuestiones en las que las grandes potencias no han tenido un interés inmediato y directo, lo suficiente para evitar—tratar de evitar en cualquier caso—decisiones que pudiesen resultar contrarias o perjudiciales a esos intereses.

Todo esto sería seguir adelante con lo que llegó a ser la tradición de la antigua Sociedad de Naciones. Pero si las Naciones Unidas pudiesen haber tenido un parecido fuerte con la anterior Sociedad de Naciones, también es cierto que en esta nueva organización se han producido cambios importantes y en ocasiones extraordinarios. Como recuerda el señor Nicholas, en «1955 se produjo un cambio notable en el equilibrio político de las Naciones Unidas con la admisión de dieciséis Estados adicionales como miembros. Desde 1946, la lista de miembros de la Organización había subido sólo de 52 a 63, en gran parte debido al persistente desacuerdo entre el Este y el Oeste y a la resistencia de cada lado a la admisión de los candidatos del otro "por sus propios méritos". Al final, sin embargo, se preparó un "gran paquete": un trato que correspondió a los hechos de la política de las Naciones Unidas más a la letra de la ley de las Naciones Unidas (ver la Opinión del Consejo del Tribunal Internacional de 1948, según la cual el voto para la admisión de un Estado no puede estar condicionado a la admisión de otros). Así, en diciembre de 1955 fueron admitidos dieciséis Estados. Cuatro de éstos—Albania, Bulgaria, Hungría y Rumania—eran, evidentemente, miembros del bloque comunista. Seis eran Estados europeos occidentales, todos no comunistas: Austria, Eire, España, Finlandia, Italia y Portugal. Jordania y Libia añadieron fuerza en el Oriente Medio a la representación árabe, mientras que Camboya, Ceilán, Laos

RECENSIONES

y Nepal eran naciones asiáticas. En relación con otra alineación familiar en las Naciones Unidas era probable que diez por lo menos de los nuevos miembros hubiesen de ser contados como "anticolonialistas".

Al mismo tiempo que el señor Nicholas hace especial hincapié en el aspecto político de la cuestión, en la obra de la Fundación Carnegie salta a la vista, convenientemente resumida y expuesta, la enorme variedad—importancia también—de una organización que parece haber adelantado de manera visible por el camino de ser mucho más que el «Parlamento o Congreso» de que se habla en «The United Nations as a Political Institution», es decir, «una institución política establecida que tiene derecho a ser examinada en términos de sus procedimientos así como de su constitución.»

Porque apenas es posible pensar ya en actividad alguna con un carácter internacional más o menos acusado—en ocasiones hasta inexistente del todo—que se pueda escapar largamente a la jurisdicción de unas Naciones Unidas que han mostrado un gran interés—un interés decisivo mientras fuese posible evitar o soslayar el interés de alguna gran potencia, en particular de una superpotencia—por todo lo que, en el campo de la actividad internacional, ha podido tener características esencialmente políticas. Ni la cultura, ni la economía, ni los derechos humanos han dejado de tener un marcado interés para las Naciones Unidas o para alguno de sus miembros, lo que, inevitablemente, acabaría justificando el interés de todos ellos.

El interés de las Naciones Unidas se ha extendido en todas las direcciones: la del derecho y la de relaciones raciales o coloniales, la de los programas de ayuda y la de las relaciones comerciales. Las Naciones Unidas tienen sus comisiones económicas regionales o continentales entregadas a tareas que si no son más importantes no es por falta de interés o de capacidad, sino por falta de medios más bien y por culpa quizá de resistencias y recelos. Y no en balde uno de los actuales subsecretarios de las Naciones Unidas, Raul Prebisch, es secretario general de la U. N. C. T. A. D., la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo. Además de la U. N. E. S. C. O., la E. C. O. S. O. C. y la F. A. O., por citar sólo tres entre muchas organizaciones de las Naciones Unidas, está también el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (U. N. D. P.), la Organización de Desarrollo Industrial de las Naciones Unidas (U. N. I. D. O.) y muchas otras organizaciones y servicios que van resultando tanto más llamativas por ser tan clara la tendencia en algunas grandes potencias a reducir y hasta suprimir algunas de las ayudas que han llegado a ser una de las notas más llamativas de la actividad internacional desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial. Es en las Naciones Unidas, precisamente, o en organizaciones de ella dependientes de una manera más o menos directa, donde mayor y más llamativa es la insistencia en la necesidad de responder pronto y con eficacia al llamamiento a la solidaridad y la ayuda para buscar solución a problemas que si están planteados de manera más o menos exclusiva en el mundo del subdesarrollo, en eso que generalmente se da en llamar el Tercer Mundo, no tendrían la misma gravedad y urgencia de no ser tan fuerte y tan acusado ese general estado de interdependencia en el que sólo la intervención—la dirección incluso—de las Naciones Unidas podría evitar que cayese en el desconcierto, el caos y, posiblemente, la catástrofe también.

JACINTO MERCADAL

ALLEN GUTTMANN: *The Conservative Tradition in America*. Oxford University Press, Nueva York, 1967. 214 páginas.

Podría decirse con alguna justificación que sólo con la ayuda de un poco de imaginación se podría pensar en un título como este, porque, en definitiva,

RECENSIONES

¿cómo es posible hablar de una tradición conservadora en los Estados Unidos? En cualquier caso, en el sentido en que se podría hablar de una tradición conservadora en Inglaterra, por ejemplo, o en cualquier país de Europa de donde pudo haber salido algo capaz de ejercer mayor o menor influencia en la formación y desarrollo de la personalidad política de los Estados Unidos. Porque la vida política misma de los Estados Unidos no sólo es de formación relativamente reciente, con una duración insuficiente tal vez para poder hablar de una verdadera tradición conservadora, sino que se formó empezando por rechazar de una manera total y violenta todo lo que, como teoría y experiencia política, había existido hasta entonces y que podía pertenecerle sólo de alguna manera condicionada.

Lo que podía haber de tradición conservadora en las colonias norteamericanas en el momento de hacerse independientes emprendió el camino de retorno a Inglaterra, con los gobernadores que dejaron de ser aceptables en un ambiente que había roto con la potencia colonizadora y con las más genuinas representaciones, los «loyal tories», de un mundo que se había perdido en la lucha revolucionaria por la independencia. Lo que se ha ido formando desde entonces ha tenido—querido tener, por lo menos—como uno de los rasgos dominantes la ruptura con el pasado.

Por algo resulta un poco extraño, esotérico tal vez, incluso hasta un poco «esnobista», hablar de conservadurismo, de espíritu conservador y de tradición conservadora en los Estados Unidos. Porque. ¿cómo se podría pensar en una tradición conservadora allí donde, en la palabra de un escritor norteamericano moderno, Henry James, no es posible encontrar nada de lo que realmente contribuye a la formación de una sociedad conservadora? «Ni Estado, en el sentido europeo de la palabra; ni soberano, ni corte, ni lealtad personal, ni aristocracia, ni iglesia, ni clero, ni ejército, ni servicio diplomático, ni nobleza campesina, ni palacios, ni castillos, ni mansiones, ni antiguas casas de campo, ni personajes, ni chozas con techo de paja, ni ruinas cubiertas de hiedra; ni catedrales, ni abadías, ni pequeñas iglesias normandas, ni grandes universidades, ni escuelas públicas (en el sentido británico, por supuesto); ni Oxford, ni Eton, ni Harrow...»

Por algo Henry James llegó a encontrar inaceptable la idea misma de vivir en su patria y estableció residencia permanente en Europa, como acabó haciéndolo Jorge Santayana, después de haber adoptado el país al cual se había trasladado, con su madre, desde la España en que había nacido, para luego vivir largos años, hasta la muerte, en una especie de exilio, de expatriación voluntaria, primero en Inglaterra, finalmente en un convento romano. Porque, ¿cómo podría James encontrar tolerable siquiera un ambiente como el de Washington, sobre el que acabó diciendo que no tenía movimiento «ni funcionarios, ni autoridad, ni la incorporación del Estado. (Solo) calles enormes, *comme toujours*, alineadas con pequeñas casas rojas y por las que nunca pasa nada más que el tranvía. El Capitolio, una vasta estructura, de un clásico falso, mármol blanco, hierro y estuco... Va uno al Capitolio como si fuese a una estación; anda uno por allí como si anduviese por el Palais Royal. Ni funcionarios, ni porteros, ni oficiales, ni uniformes, ni emblemas, ni reservas, ni autoridad; nada como no sea una multitud de gentes descuidadas que circulan en un laberinto de escupideras.»

A pesar de todo, es mucho ya lo que se ha dicho y escrito sobre el conservadurismo en los Estados Unidos, o en América, que es como los norteamericanos prefieren hablar de su país y de sí mismo como americanos, apropiándose para uso exclusivo lo que es de todo un continente o acaso de dos, si se prefiere hablar de dos continentes separados por el canal de Panamá, dejando para los demás sólo el ser canadienses, acaso un poco ingleses también, si se está más al Norte, y el conformarse con ser *Latins* en el caso de todos los que están por debajo, en un sentido que no tiene bastante con ser geográfico, evidentemente.

Aunque sea para advertir con frecuencia, como hace Guttman, recordando, citando también a Clinton Rossiter, otra de las autoridades modernas sobre el tema, que el conservadurismo nunca ha tenido especial importancia en los Estados Unidos. «Los norteamericanos, que hablan y escriben como conservadores conscientes, genuinos, son hoy, como lo han sido por espacio de más de un siglo, una minoría excéntrica en el mundo de las ideas, una minoría mal comprendida en el mundo de la política derechista.»

Pero «desde los días de Jonathan Boucher y el gobernador Hutchinson (el último gobernador inglés de Massachusetts, de quien por sostener con tanta firmeza la política y la autoridad colonial británica se dice que fue la causa de que empezase la guerra de la independencia) hasta los de Russell Kirk y James Gould Gozzens, el conservadurismo ha tenido sus partidarios norteamericanos. Pocos de ellos han aceptado todos los principios de la fe política de Edmund Burke o de León XIII, pero muchos de nuestros escritores más importantes han respondido al sueño de una sociedad ordenada, disciplinada, jerarquizada, formada interiormente por el sentido del pasado. Es altamente improbable que el sueño pueda tener realidad, pero, por otra parte, pocos sueños la tienen. Está en la naturaleza de la política que las ideologías no lleguen a ser completamente institucionalizadas. La cuestión, para todo el que esté interesado en el conservadurismo, es: ¿Hasta dónde es pertinente la imaginación conservadora hoy día? ¿Qué aportación los conservadores pueden hacer a una nueva síntesis de los ideales norteamericanos?»

La cuestión—las cuestiones más bien—es de envergadura en un país donde en política no hay más que republicanos que son demócratas y demócratas que son republicanos, todos con un sentido conservador de la vida y la política en un régimen republicano, ya que fuera y más allá sólo queda algún sitio, poco todavía, para los extremismos, lo peor, lo más terrible que pudiera darse en un mundo de tradición conservadora enraizada y efectiva.

De una tradición conservadora cuya mayor fuerza y mejor exponente pudiera estar, si se piensa en ello con alguna seriedad, más que en la Constitución que en un momento u otro de la vida del norteamericano medio está en su boca o en su pensamiento, en una parte nada más de ella, que fue añadida a última hora y en la forma de enmiendas, las diez primeras, para que convertida en algo así con un catálogo de derechos capaces de formar con ellos los cimientos de una sociedad política liberal, nunca conservadora.

La más conservadora—reaccionaria incluso—de lo que casi se podría considerar como una institución norteamericana lleva el nombre de «Daughters of the American Revolution», es decir, de «Hijas de la revolución americana.» Y, es más, la verdadera tradición política norteamericana empieza con Jefferson mucho más que con Washington y Hamilton, que eran los conservadores de la época. Y bien sabido es que todos, prácticamente, en los Estados Unidos, están de acuerdo con Jefferson al sostener que «todos los hombres tienen derechos naturales e inalienables. La violación o la desconsideración de esos derechos supone oponerse a los designios de la Providencia...».

Uno de los grandes exponentes de la teoría conservadora de los Estados Unidos, Orestes A. Brownson, empezó actuando sobre la plataforma de la democracia liberal, que dejó cuando, al fin, se convirtió al catolicismo, algo parecido a lo que, años más tarde, le sucedió a un conocido profesor, historiador y, hacia el fin de su vida, diplomático también, J. H. Carlton Hayes. Y tanta fuerza, por lo menos, con su posterior defensa de un concepto conservador de la sociedad ha tenido para él una tradición que habla de «nuestros derechos y deberes» como de algo que «nos pertenece como hombres... Si todos los hombres tienen iguales derechos y deberes..., entonces está la sociedad forzada a tratarlos como iguales».

Todo, desde el punto de vista político, es relativamente nuevo en los Estados Unidos. Y es tan nueva, novísima, la posible influencia del establecimiento

RECENSIONES

militar, que difícilmente se podría todavía llegar a nada definitivo sobre ella. Aunque Guttman, apoyándose en este caso en una autoridad en la cuestión, Samuel Huntington, acaba por preguntar qué teoría política va implícita en la ética militar. El conservadurismo, por supuesto. Porque como en el conservadurismo de Burke, la ética militar «hace hincapié en la supremacía de la sociedad sobre el individuo y la importancia del orden, jerarquía y división de funciones. Recalca mucho la continuidad y el valor de la historia». (Esta cita es de Huntington, en su *The Soldier and the State*.)

Por este lado, más que por el de la religión o la política, sería posible descubrir unos cimientos capaces de sostener la tradición conservadora de los Estados Unidos. Pero se tropieza con una dificultad importante: en los Estados Unidos tampoco existe, para empezar, una tradición militar. Sólo ahora es posible pensar en algo que pueda dar cierto sentido a la afirmación de que el soldado es la antítesis del hombre de negocios, de lo que ha ejercido, en realidad, poder e influencia dominantes en la vida e historia de una nación que en menos de dos siglos pasó—saltó a veces por encima—por todas las fases que median entre la independencia y una etapa imperial de tal modo desarrollada que ha llegado a convertirla en la primera y más rica potencia. Puede ser verdad que el soldado «busque el honor bajo un código militar que, según las palabras de Douglas MacArthur, «ha venido hasta nosotros desde antes incluso de la era de los caballeros y la caballería», pero la influencia militar apenas se ha podido sentir, hasta ahora, en los Estados Unidos. Lo que mueve a pensar en que se trata, a pesar de lo que puede haber sucedido en otras latitudes y en otros tiempos, de algo demasiado nuevo para justificar el llegar sobre ello a nada más que conclusiones o consideraciones de un carácter sumamente provisional.

Con todo, Guttman llega a una conclusión que resulta ser, por lo menos, extraordinariamente sugestiva:

«Debido—dice—a que la transformación de la sociedad norteamericana en este siglo ha sido de una democracia liberal imperfecta a una democracia social imperfecta, el soldado norteamericano puede, por vez primera en nuestra historia, armonizar los dictados de su ética profesional con los aceptados valores e instituciones de nuestra sociedad. Debido a que el soldado nunca ha podido sentirse cómodo con un concepto liberal de la libertad, puede ahora hacer una contribución inmensa a la busca moderna de la libertad individual dentro del armazón estable de las estructuras institucionales. Debido a que el soldado jamás ha tenido ilusión alguna sobre la eficacia del «derecho» internacional no impuesto, puede ahora, si en realidad quiere, ayudar en el desarrollo de instituciones internacionales que sean la única alternativa realista de las fluctuaciones de la carrera de las armas y las peligrosas incertidumbres de la guerra fría. Las oportunidades para la cooperación cívico-militar tienen demasiada importancia para que se corra el riesgo de que se pierdan en la querrela en torno al "militarismo" del Ejército norteamericano.»

JAIME MENENDEZ.

JACQUES BERQUE, JEAN-PAUL CHARNAY, etc.: *Normes et valeurs dans l'Islam contemporain*. Payot. París, 1967. 380 págs.

Aunque las actualidades más latentes y palpitantes del doble sector de las acciones y reacciones de los sectores internacionales extendidos por el Norte de África y el Oriente Medio hasta la India estén ahora dominadas por los aspectos más dramáticos y urgentes de los conflictos territoriales locales y las

RECENSIONES

presiones de las grandes potencias, nada de esto se relaciona con el fondo de las posibilidades permanentes de dichos sectores. La solución de la crisis arabo-israelí en la antigua Palestina y las componendas entre las influencias estado-unidenses y soviéticas atraen ahora la atención preferente de los comentaristas internacionalistas que, por ejemplo, ven en el Cercano Oriente sólo el punto de cruce de los continentes y el de confluencia de las presiones mundiales. Sin embargo, las mayores realidades y las mejores posibilidades del conjunto de países que va desde Marruecos hasta Indonesia y de las cabeceras del Nilo hasta las estepas del Asia central, siguen siendo las que corresponden al fondo emotivo y social del Islam. En el Islam tuvieron esos países sus mejores realizaciones y en él conservan aún muchas de sus mayores posibilidades.

Ahora bien, lo que más dificulta e impide el exacto conocimiento de lo que el Islam ha significado y sigue significando desde lo individual a lo internacional, es (para muchos espectadores y estudiosos no-islámicos) la creencia de que el Islam representa solamente y esencialmente una religión. Sin embargo, el Islam tiende a constituir un sistema total de vida, puesto que compone un conjunto muy abundante y apretado de normas y valores que sirven para lo religioso, lo político, lo sociológico, lo económico, lo literario, etc. Autorizadamente se ha explicado que «el Islam exige un comportamiento total del hombre». Es porque desde los dogmas de su fe hasta los preceptos referentes al comportamiento familiar y los usos comerciales describe un modo de existencia comunal que tiende a concentrarse sobre ella misma.

Lo que más dificulta ahora el conocimiento del Islam y del llamado «mundo musulmán», en países como los de Europa occidental y central, es el hecho de que se le confunda con los Estados que había formado antes del período colonial. El Imperio-Jalifato turco de Estambul, el Irán de los Sultanes sefevidas y el Estado indo-islámico de los soberanos de Delhi, sucumbieron por las conquistas extranjeras y sus consiguientes repartos territoriales. Todo ocurrió después de que el final de España musulmana, el descubrimiento de América, la fijación de los restos de las invasiones mongolas y en el apogeo de un tardío «feudalismo administrativo» en el Cercano Oriente, iniciaron un apagamiento de la vida pública islámica y de sus recursos políticos. Así se llegó a creer que el Islam se había terminado (como factor internacional) poco antes y poco después de la Primera Guerra Mundial.

Sin embargo, ocurrió que ante las presiones coloniales y colonialistas el Islam no se disolvió, sino que se reveló como uno de los más sólidos bastiones de resistencia (salvo escasas excepciones). Ciertamente era que sufría muchas desmembraciones y adulteraciones en su existencia diaria. Pero las mismas desmembraciones exaltaban por reacción su fuerza y su originalidad, al mismo tiempo que le transformaban en un medio de suscitación afectiva e intelectual puesta al servicio de las liberaciones nacionales de sus pueblos.

Después, es decir, desde 1920 hasta 1956, aproximadamente, se fueron constituyendo nuevos Estados nacionales no basados en el islamismo general, sino en otros valores plurirregionales, como el panarabismo, el turquismo, el pakistanismo, etc. Dichos Estados se han construido según estructuras técnicas modernas como las de Europa. Pero al mismo tiempo se ha operado y se sigue operando una especie de «planificación intelectual», por la cual los directivos de países con tradiciones islámicas están ponderando entre los sedimentos dejados por las colonizaciones lo que puede quedar como bueno y asimilable para activar y no para anular lo suyo propio. Es el sentido del Islam contemporáneo que está rehaciendo una nueva unidad de normas y valores.

Ante ese Islam, tiene gran interés saber cuáles son las incidencias, producidas sobre él por las evoluciones políticas, sociales, económicas y doctrinales del resto del mundo, así como las normas de la tecnocracia y la racionalización. Esto es lo que ha buscado coordinadamente un grupo de expertos y eruditos

RECENSIONES

especialistas en temas de orientalismo e islamismo. Los hay musulmanes cristianos y laicos, europeos y próximo-orientales, técnicos de la política y la sociología, filósofos, juristas, escritores... Partiendo desde sus respectivos centros de intereses y enfoques, cada uno de los participantes se ha esforzado en enlazar la significación de los fenómenos estudiados con las tendencias que actualmente orientan o diversifican el porvenir del mundo musulmán.

Resultado de tal labor ha sido el magnífico volumen publicado en la Biblioteca Científica de la conocida editorial Payot. Dirigido y editado por Jean-Paul Charnay con la colaboración más directa de Jacques Berque, comprende también estudios monográficos de otros catorce autores. Los trabajos de todos ellos aparecen sucesivamente agrupados en tres partes que se agrupan bajo unos temas definidos, como «Approfondissements», «Confrontations» y «Dépas-sements». Los primeros se refieren a la revisión y depuración del islamismo ideológico y ritual. Los segundos, a los conflictos entre lo viejo y lo nuevo, lo propio y lo ajeno, la fe y la técnica. Los terceros, a la evolución emprendida por los dirigentes y los portavoces del Islam contemporáneo para modelar una personalidad musulmana que pueda considerarse «moderna».

Al realizar esta labor de conjunto los especialistas reunidos por gestión y sugerencia de Jean-Paul Charnay, no han pretendido ejecutar un análisis exhaustivo, sino sólo definir algunas de las «líneas de fuerza» y algunos de los reajustes susceptibles de guiar a los estudiosos a través del conjunto de las ideas y los hechos. Se ha buscado la significación más que la acumulación.

Al margen del libro, presenta gran interés metodológico un plan anexo de perspectivas para las investigaciones en materia de sociología islámica religiosa. Se subdivide en siete campos de estudio referidos a la posibilidad de aplicar al Islam los cuadros utilizados para otras religiones; la aplicación de un método histórico; los medios intelectuales de transposiciones de conceptos y comparaciones; los conceptos de las jerarquías de «valores de santidad»; la sociología de la comunidad islámica; las prácticas colectivas e individuales, y la evolución de las instituciones tradicionales como la familia, el grupo laboral y las relaciones internacionales.

Las líneas directrices de todas las investigaciones se apoyan en la realidad de que intelectualmente el Islam se muestra ahora «prodigieusement vivace», puesto que sus fuerzas de suscitación en las liberaciones políticas y su potencia de expansión terrestre hacen de él uno de los sistemas más dinámicos de nuestra época. El Islam vuelve a reafirmar una vocación de orientar tanto la vida personal y la colectiva como un empeño en buscar formas propias de liberalismo o de socialismo, a la vez que sigue ofreciendo a sus creyentes nuevos modos de profundizar su fe religiosa.

El mayor interés objetivo de la labor realizada por el grupo de expertos que agrupó Jean-Paul Charnay consiste en la utilidad de sus aportaciones documentales en uno de los sectores menos exactamente conocidos dentro de lo político internacional actual. En efecto, suele ser muy difícil definir los rumbos del Islam contemporáneo, cuando todas sus estructuras intelectuales y sociales están en pleno reajuste, cuando los más importantes fenómenos estudiados tienen carácter transitorio y en las oposiciones de tendencias sólo pueden examinarse sus direcciones pero no sus resultados.

Sin embargo, existen algunos hechos geográficos recientes que obran sobre el Islam de hoy con una fuerza poderosa. Uno de ellos es el de que el centro de gravedad y el centro demográfico de las grandes masas musulmanas se corre fuera de sus originarios sectores arábigos o arabizados de La Meca, Damasco, El Cairo, etc. El núcleo mayor del Islam mundial se encuentra hoy entre el continente indostano y los archipiélagos malayos con otras ramificaciones importantes que avanzan en Africa negra. Sólo en el sector malayo-indostano los musulmanes suman 225 millones, entre un total de 437.278.000

RECENSIONES

musulmanes en todo el mundo (según datos recogidos en el Vaticano). Los musulmanes árabes son unos 80 millones y 50 los de orígenes turcos.

Volviendo al libro parisién del grupo de investigadores en las materias de política social islámica y sus rumbos futuros, se ve que la mayor parte de sus valores activos consiste en marcar rumbos de una investigación friamente documental en unas materias que, como las del islamismo, el arabismo, etc., son muchas veces enfocadas con fantasías coloristas o con previos apasionamientos.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

ENRIQUE MARTÍNEZ CODÓ: *Guerrillas tras la cortina de hierro*. Buenos Aires, 1966. Instituto Informativo. Editorial Ucraino, 424 págs.

Vivimos plena «coexistencia pacífica» en las relaciones internacionales entre capitalismo y socialismo, entre Este y Oeste. Al menos formalmente. Quiérase o no, el hombre de la calle está asustado por la demagogización del ambiente cotidiano con el «slogan» del coexistencialismo. Este es el peligro, ya que no presta, precisamente debido a ello, atención a los problemas que si no son suyos le atañen al menos indirectamente a través de las fórmulas de descolonización, liberación nacional, justicia social, explotación, etc. Con ello tampoco puede ver problemas mucho más importantes de alcance internacional desde el punto de vista político-nacional o puramente económico-social. No hablemos ya del aspecto ideológico. Por estar asustado está cansado y por estar cansado se ha dormido, cayendo en condiciones psicológicas muy favorables para la agitación subversiva y revolucionario-comunista. Se declara apolítico, tecnócrata o simplemente «técnico» o administrativo. Más allá «está el telón de acero», del que prefirere no hablar...

El telón de acero, la cortina de hierro o de bambú son términos que habían sido escogidos e implantados internacionalmente con el fin de no ver lo que es la auténtica vida allende la línea divisoria entre Este y Oeste. Son términos convencionales que van perdiendo progresivamente su fuerza purificadora del modo de vivir del hombre de acá y de allá. Primero, el hombre se encierra ante el telón de acero, luego intenta pasarlo a su manera encontrándose ante un dilema que bien podría llamarse existencial: resisto o me rindo. Resisto dentro del mundo socialista y me rindo ante el postulado de descolonización dentro del mundo occidental. Sin embargo, ya no interesa si existen o no problemas de descolonización precisamente—y también aún en mayor grado—dentro del mundo socialista, comunista, ruso-soviético. El dilema ataca al hombre de ambos lados del telón de acero. Pero, según parece, sólo el del mundo socialista es capaz, todavía, de resistir la presión comunista.

Teniendo en cuenta el hecho de que el régimen comunista en las Rusias acaba de cumplir sus primeros cincuenta años de existencia, no deberíamos olvidar que también la resistencia anticomunista cumple su primer cincuentenario de lucha y reivindicaciones anticolonialistas y de liberación nacional. Los pueblos de la Unión Soviética no rusos reivindican sus derechos frente al Kremlin, los eslovacos frente al régimen checo-comunista de Praga, los croatas frente a Belgrado, los alemanes frente a Pankov... Veintidós años de resistencia anticomunista en los países del Este europeo y cincuenta en la U. R. S. S. Los ucranianos encabezan este movimiento por estar incorporados forzosamente a la U. R. S. S. poco después de constituirse y consolidarse el Estado soviético a raíz de la Revolución de Octubre de 1917. Esta es la realidad, ostentativamente olvidada o ignorada por los gobernantes del actual mundo

occidental. Buena prueba de ello constituye también el levantamiento popular anticomunista magiar de 1956. El 13 de agosto de 1961 es erigido el muro de Berlín y no pasó nada.

Las guerrillas, como un determinado sistema de lucha ofensivo-defensiva, vienen adquiriendo, desde la Segunda Guerra Mundial, nuevas formas de exteriorización práctica y manifestación propagandística. Una vez se les concede el *status* jurídico-internacional, otra vez se las considera como simples partisanos o rebeldes, privados de la protección legal definida en diferentes textos de convenios internacionales. Predominan las circunstancias formales y condiciones concretas: quiénes son los que luchan, en virtud de qué principios luchan y contra quién luchan. En América Latina los guerrilleros son liberadores y luchan contra la opresión y explotación capitalista, arguyen los «soviets». Sin embargo, cuando en la propia Unión Soviética aparecen guerrilleros los «soviets» los caracterizan, pura y simplemente, como bandidos. Este es el caso de la famosa U. P. A., ejército ucraniano de insurrección, que durante la última conflagración mundial operaba en distintos puntos del territorio ucraniano y a continuación incluso en Polonia, Eslovaquia, Bohemia y Hungría, tanto contra la ocupación nazi como contra la comunista, con el fin de liberar a su país del yugo moscovita y contrarrestar los efectos de la propaganda soviético-comunista en los países señalados. Su epopeya terminaría en 1947, cuando gran parte de sus unidades lograron pasar a Austria y Alemania occidental.

Una aclaración: al estallar la guerra germano-soviética, el 22 de junio de 1941, el rápido avance de las tropas alemanas ha sido acogido por la población no rusa con entusiasmo, tanto en Ucrania como en Bielorrusia y otras partes, incluyendo a los propios rusos. Sin embargo, la nefasta política racista del Tercer Reich hizo que la población de las regiones «liberadas» reaccionara con realismo haciéndose cargo de sus propios destinos en forma de creación de fuerzas armadas clandestinas para luchar contra las tropas alemanas y al mismo tiempo no solamente contra las tropas soviéticas, sino también contra los partisanos comunistas que operaban en el *Hinterland* del frente germano. No obstante, una considerable parte de las fuerzas anticomunistas quedaron integradas en la Wehrmacht a través de divisiones propias ucranianas o bálticas, hecho que en cierta medida contribuiría a crear unas condiciones de confusión en cuanto a la coordinación de los fines perseguidos en el campo ideológico, nacional y político. Una vez más resultó ser victoriosa la propaganda comunista y procomunista que, dadas las específicas condiciones psicológicas entre los pueblos del Este y del Centro de Europa, no vaciló servirse incluso de la vieja idea de la «fraternidad paneslava» basada en la ortodoxia religiosa rusa. Salta a la vista el mesianismo del Kremlin transformado, a continuación, en un neoinperialismo soviético en los países que actualmente figuran como sus aliados dentro del bloque socialista. A pesar de ello, la resistencia guerrillera y armada de los ucranianos en el propio territorio de la Unión Soviética cobra un especial significado en lo referente a un conflicto armado de esta clase, por un lado, y a su alcance jurídico-internacional, por otro. Los principios de organización, los métodos de lucha, el concepto de la estrategia convencional, los fines políticos, la táctica ideológica y sus instrumentos exteriores (propaganda y armamento) constituyen hoy día una base de fuentes para estudiar otros movimientos guerrilleros, especialmente los del Vietnam y de la América del Sur, sean de carácter comunista o anticomunista. La U. P. A. ucraniana despertó en este sentido un considerable interés entre los expertos militares de algunos países occidentales, sobre todo de los Estados Unidos y de las Repúblicas iberoamericanas.

El joven publicista argentino, colaborador de numerosas revistas nacionales y extranjeras y autor de varios libros, atraído por los problemas militares de nuestro tiempo, especialmente en el campo antisubversivo, ofrece esta vez

RECENSIONES

una obra bien documentada e ilustrada sobre el conjunto de factores que integran a la U. P. A. Su atención se centra en los períodos de 1941-1944, 1944-1950 y 1950-1963, este último el de la clandestinidad. Aparte de ello, es de gran importancia la localización de los principales focos de operaciones, junto a la organización, el servicio de espionaje y contraespionaje, la guerra psicológica, clases de armas y el *status* jurídico.

Surge la pregunta si existen posibilidades para que en el futuro entren en acción las guerrillas en plan de retaguardia, como fuerza eminentemente defensiva. Evidentemente, incluso en caso de un conflicto atómico tomando posiciones hasta ofensivas. Las nuevas condiciones de lucha implican nuevos métodos y nuevas tácticas a poner en práctica por los bandos combatientes. Sin embargo, el fondo de las guerrillas seguirá siendo el punto importante como fuente de inspiración y orientación. Sólo que, en cuanto al mundo ruso-soviético, dudamos que los pueblos oprimidos se subleven al ejemplo de Alemania oriental de 1953, Polonia y Hungría de 1956. La triste experiencia de ser abandonados en su lucha anticomunista en el momento más crucial de su existencia puede conducir a un estado de apatía. Por otra parte, una acción guerrillera ha de amoldarse por completo a las doctrinas militares vigentes soviética y norteamericana, si es que se pretende desarrollar acciones y operaciones concretas y con éxito. Por tanto, es preciso ir actualizando los procedimientos de la «partisanika».

No menos importante es la bibliografía que el autor inserta con el fin de proseguir con el desarrollo de este sector de la moderna guerra de guerrillas. Sin duda alguna es la más completa obra en castellano sobre las guerrillas ucranianas. El prólogo procede del general Luis García Rollan, profesor en la Escuela Superior del Ejército Español. La idea de la libertad, de la justicia social y de la independencia nacional y política no ha muerto aún entre los pueblos bajo comunismo.

S. GLEJDURA.

FRADE MERINO, FERNANDO: *La guerra psicológica*. Compañía Bibliográfica Española, S. A. Madrid, 1967. 190 págs.

El teniente coronel de Artillería, diplomado de Estado Mayor, Fernando Frade, durante varios años profesor de la Escuela de Estado Mayor y diplomado también en «Special Warfare Staff Officer» y en «Psychological Operations» en la Escuela Especial de Fort Bragg (EE. UU.), ha recogido en este libro, dedicado preferentemente al lector militar, una materia que tiene indudable interés político y sociológico y que debe ser tenida en cuenta por todos aquellos que se relacionan con cuestiones de política internacional. El trabajo, que tiene un tono expositivo, sencillo y divulgador, se inicia considerando los conceptos de política y guerra, estrategia global, clases de guerra, etc. Presenta después las acciones psicológicas, que no sólo se desarrollan en la guerra, sino en todo tipo de actividad humana y, en modo particular, en las políticas y por descontado en las bélicas, a las que se suele llegar en una «escalada de medios persuasivos o coactivos que no han dado resultado»; medios, entre los que se debe incluir la presión económica y que son «eminentemente psicológicos».

Tal tipo de acciones, nos dice el autor, «merced al avance de los medios de comunicación en masa, se usan de un modo intensivo lo mismo en tiempos de paz que en cualquiera de las modalidades de guerra». Su «técnica cada vez

es más sutil y refinada» y «su empleo por los Gobiernos, para contrarrestar la acción política de otros, es lo que se ha popularizado con el nombre de guerra psicológica». Constituyen la principal arma, política y militar, total y permanente, con que cuentan los Estados para una guerra que se da antes de la guerra propiamente dicha o caliente.

Nos expone Frade la terminología técnica normalmente empleada por los tratadistas y señala que así como la base de toda esta materia se encuentra en el conocimiento de la conducta humana, individual y colectiva, socialmente considerada, y en los elementos fundamentales que intervienen en la misma, las acciones correspondientes se concretan en la «propaganda», que puede llegar hoy a todos los rincones del planeta en una forma masiva al par que científica y estas acciones se apoyan en una Teoría de la Propaganda, de la cual estudia este trabajo los elementos constitutivos, fuentes, contenido, cantidad y calidad, medios, grupos y efectos, así como su proceso, fundamentos de todo ello y de las que llama «operaciones de propaganda». Analiza también las diversas clases de propaganda, los factores que pueden limitar su alcance y la defensa contra la propaganda enemiga. Estudia igualmente la información y sus fuentes como sistema necesario en una campaña de operaciones psicológicas, consistente en un análisis de factores: sociológico, económico, político y militar, etc.

Presenta las formas de comunicación empleadas («slogan», rumor, chiste, discurso, conferencia, representación dramática, noticia, comentario, artículo, etcétera) y analiza los medios de difusión utilizados en las «operaciones psicológicas» que tienen esencial aplicación en todos los tipos de guerra, pero particularmente en la llamada guerra especial o irregular y más concretamente en la revolucionaria y subversiva, que el autor se detiene a examinar con mayor detenimiento.

Deducimos que propiamente no se debe hablar de «guerra psicológica»; sí, en cambio, de «operaciones psicológicas», que pueden tener lugar antes de la guerra, en la guerra y tras la guerra, según el siguiente esquema:

— El mando político las planea y dirige antes y después de la guerra (actividades psicológicas en general).

— El mando militar las puede desarrollar durante la guerra, cuando vayan en beneficio de las misiones militares propiamente dichas (entonces sí tenemos guerra psicológica).

El libro considera, en consecuencia, los elementos constitutivos de las «operaciones psicológicas»; analiza las cualidades del operador psicológico y se detiene con más detalle en lo que pudiéramos llamar aspectos metodológicos. Muestra cómo las operaciones se atienen a un plan esquemático general, que se formula para las distintas situaciones de guerra y tensión política en que se puede encontrar un grupo o nación, y traza el esquema de uno de esos planes de operaciones psicológicas (situación, objetivos, limitaciones impuestas por la política; información, misiones y temas, medios, etc.). «La finalidad de estas operaciones—nos dice—es siempre contribuir al acceso a un estado de paz perfecto y a su mantenimiento posterior.»

Las operaciones psicológicas pueden dividirse en estratégicas y tácticas. En cualquiera de ellas, pero mucho más en las de tipo estratégico, habrá algunas especialmente dirigidas a la población civil, que, aunque con el mismo fin supremo de ganar la guerra, tendrán objetivos y temas particulares distintos de los de aquella que se dirijan a las fuerzas armadas.

Por lo general, antes de estallar una guerra ya se habrá llevado a cabo una campaña política de preparación que se desarrollará a base de operaciones psicológicas estratégicas. Esta campaña puede pretender:

— Hacer variar la opinión de los países neutrales a favor del país propio y en contra del enemigo.

— Disuadir al enemigo de sus probables acciones.

RECENSIONES

- Estimular la ruptura de alianzas.
- Oponer en el interior del país enemigo a políticos y militares, patrones y empleados, elementos étnicos o religiosos distintos; y
- Lograr la desafección al máximo de elementos descontentos procurando surjan movimientos de resistencia que derriben el poder establecido.

Una vez en guerra ya declarada hay que continuar la labor de ablandamiento de la voluntad de vencer o de resistir enemiga, deprimiendo su moral y estimulando descontentos. Esto se reflejará en las operaciones de combate que se lleven a cabo en el frente y en el esfuerzo para la producción de guerra.

Insistimos en que este trabajo tiene un interés general, político y sociológico que desborda el carácter militar que le imprime su autor y que orienta su presentación. La teoría que contiene va confirmada en varios ejemplos y casos prácticos que contribuyen a amenidad al par que lo hacen más útil.

JUAN DE ZAVALA.